

## **DOMINGO XXIV ORDINARIO**

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy se da de nuevo una coincidencia de las tres lecturas en una dirección: el perdón de los pecados por la misericordia de Dios. Tanto Yahvé, que perdona a su pueblo por intercesión de Moisés, como Pablo, que se siente él personalmente objeto del perdón de Cristo, como las tres parábolas de Jesús en el evangelio -el reencuentro de la oveja perdida, de la moneda perdida, y del hijo perdido-, nos invitan hoy a considerar esa Buena Noticia del perdón y del amor de Dios.

Es bueno que empecemos reconociendo que también nosotros necesitamos la misericordia y el perdón de Dios.

Todos somos pecadores. De alguna manera somos como el pueblo idólatra, que falta al primer y más importante mandamiento: "no tendrás otro dios más que a mí". No se sabe si en aquella ocasión el pecado consistió en adorar a otros dioses, o que se atrevieron a representar a Yahvé en forma de becerro, en contra de lo que estaba severamente prohibido, precisamente para evitar el peligro de los ídolos: hacer imágenes de Dios.

¿Se puede decir también de nosotros que a veces actuamos con la ligereza del pueblo de Israel, volviendo la espalda a Dios? A los israelitas les gustaban más los dioses que habían abandonado en Egipto o los de los pueblos que iban encontrando en el camino. Eran dioses más "permisivos". ¿Nos gusta a nosotros hacernos dioses a nuestra medida para adorarlos?

Sin llegar a construir becerros de oro ni volver a la vida anterior de Pablo, que se confiesa "blasfemo y perseguidor" de Cristo antes de su conversión, pero todos somos un poco la oveja aventurera, la moneda que se pierde y el hijo que escapa de casa y dilapida los dones recibidos de una manera superficial y pecaminosa.



En diversa medida, podemos haber imitado al hijo pródigo, que se creyó que todo era fácil, buscó la libertad, lo cual es bueno, pero lo hizo por un camino equivocado. Podemos caer en la tentación de huir de los propios deberes. Y tal vez de alguna manera llegamos a perder la dignidad de personas o de hijos en la casa de Dios, aunque no tal vez hasta el extremo de sentir envidia de los cerdos, como el joven de la parábola.

Pero, a la vez que tomamos conciencia de esta situación deficitaria, nos alegramos de tener un Dios lleno de misericordia, que nos comprende y nos perdona cuando, como el hijo joven, nos ponemos en camino hacia él.

Las lecturas de hoy nos quieren convencer de que es posible la vuelta, la conversión, y que Dios nos espera. Nos lo presentan con un corazón lleno de amor, capaz de comprender y perdonar.

El Éxodo describe el pecado del pueblo elegido, pero sobre todo la actitud de Dios, que "se deja convencer" por la intercesión de Moisés, se "arrepiente de la amenaza" y perdona al pueblo. Así es Dios: lo suyo es perdonar.

Jesús, en las tres parábolas de hoy, nos ofrece un "retrato" de su Padre realmente consolador e interpelante. Le presenta como el pastor que recupera con gozo a la oveja, como la mujer que celebra con sus vecinas el hallazgo de la moneda, y como el padre que deja marchar al hijo a su aventura -respeto su libertad, aunque a él le duela- y luego le perdona y le hace fácil la vuelta. Dios nos conoce, espera que nuestras aventuras, si ha habido alguna, nos hayan servido de maduración. Respeto nuestra libertad.

Cree en las personas. Por eso nos espera. Como el padre de la parábola, quiere a sus dos hijos, y hace lo posible para que el hermano mayor acepte también la vuelta del más joven.



A veces uno piensa si este retrato que hace Jesús de su Padre es el que hemos enseñado a lo largo de la historia, o si no hemos fabricado un Dios más parecido al hijo mayor, acusador e intransigente...

¿Sabemos reconocer, agradecidos, como Pablo, que Dios ha tenido compasión de nosotros y derrochó su gracia, para que en nosotros mostrara Cristo toda su paciencia? Una actitud de humildad agradecida nos conviene a todos.

Ese Dios misericordioso nos invita a la reconciliación, sobre todo en el sacramento de la Confesión. Jesús nos dice algo que podría parecernos extraño: le damos una alegría a Dios con nuestra vuelta. Hoy es buena ocasión para celebrar con sinceridad y gratitud esta reconciliación sacramental con Dios, renunciando a nuestros particulares "becerros de oro" o a las escapadas que puedan apetecernos, halagados por los incentivos de este mundo.

Otra lección que recibimos hoy es la capacidad que deberíamos tener también nosotros de perdonar, igual que perdona Dios.

Moisés aparece como un hombre de gran corazón. Ante la queja de Dios sobre el pueblo, Moisés se muestra un eficaz mediador, "convenciendo" a Dios de que no castigue a ese pueblo rebelde, aunque se lo merecería. Moisés sabe tocar la fibra misericordiosa del corazón de Dios. Pero él también muestra esa misma grandeza de ánimo. Moisés no aprueba el pecado del pueblo. Pero quiere que sea perdonado.

La finalidad de las tres parábolas de Jesús, como nos ha dicho Lucas, es precisamente "enseñar" a los fariseos, que se creían justos y perfectos, a ser más misericordiosos en su corazón, y no escandalizarse porque Jesús sea demasiado misericordioso.



El pastor no abandona a la oveja, sino que toma la iniciativa, la busca y se alegra al encontrarla. La mujer no cesa hasta encontrar la moneda y comparte su alegría con las vecinas. El padre del hijo pródigo no le echa en cara su conducta: se adelanta a recibirle, le perdona y le organiza una fiesta: ya ve la seriedad de su buen propósito y que ya ha pagado suficientemente su culpa.

Nosotros tenemos muchas ocasiones, en la vida de familia y de comunidad, en las relaciones sociales y laborales, de imitar o no esta actitud de Dios. ¿En qué personajes de las lecturas de hoy quedamos retratados nosotros? ¿Tenemos un corazón magnánimo, fácil en perdonar? ¿somos capaces de interceder ante Dios por nuestros contemporáneos, como Moisés, o sólo sabemos criticarlos y quejarnos de lo mal que van las cosas? ¿actuamos como los fariseos, que se creen santos, y como el hermano mayor, que no acepta que se perdone tan fácilmente a su hermano?

Si el hijo pródigo, al volver a casa, se hubiera encontrado con nosotros, ¿hubiera terminado igual la historia? ¿somos capaces de hacer fácil la rehabilitación de los que han faltado, como hizo Jesús con Pedro después de su gran fallo?, ¿o estamos continuamente echando en cara los fallos a los demás? En el caso del hijo pródigo, ¿no hubiéramos clamado en seguida por la justicia y el castigo, en vez de por la fiesta? Menos mal que Dios es Dios, y es diferente de nosotros, y abre siempre la puerta a sus hijos arrepentidos.

**Homilía Pbro. Carlos Chavarría**  
**Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador**